

FRAY

RAFAEL

Este fray Rafael necesita ser apellidado para su completa identificación personal, ya que se trata de Rafael Sánchez-Guerra, religioso dominico, hermano cooperador, exactamente, en el convento que la insignie orden de Predicadores tiene en Villaza, próximo a Pamplona.

La noticia del regreso a España de Rafael Sánchez-Guerra, exiliado en París, para orientar su vida en un rumbo muy distinto al que siguiera hasta entonces, fue conocida hace algo más de un año, sorprendiendo, aunque no ciertamente del todo, a quienes le conocieran en sus vehementes reacciones, muy a la española, y la noticia de aquella zueke ahora, a la actualidad por vía bibliográfica, ya que fray Rafael nos da la versión directa, inmediata, auténtica, de su caso, en un libro conmovedor, "Mi convento", al que desbordan, indudablemente, los valores humanos del que lo ha compuesto: mejor dicho, del que lo ha vivido a fondo, y lo continúa viviendo, con caracteres de suma ejemplaridad, por lo que el crítico literario tiene que hacer mucho menos que el glosador de la realidad social cotidiana, muy complicada en estos azarosos días que a tantas conturbados espíritus sirven de prueba como nunca la sufriesen, entre otras razones, porque ya no existen distancias, o punto menos, en el tiempo ni en el espacio, y los sucesos que antes acaecían con la lentitud de repercusión impuesta por las rudimentarias comunicaciones del caballo y la rueda, o la hoguera de cumbre a cumbre, se producen en nuestro tiempo a ritmo cada vez más acelerado, y donde quiera viva el hombre, pasa por vicisitudes múltiples y rápidas o conoce sus reflejos, sin perder un instante. Guerras, revoluciones, crisis de todo orden, se atropellan, hierven, se confunden con resonancia universal, en el angustioso molde de cada hora, y así no es extraño que, bajo la acción de tan reiterados e intensos reactivos, sea mayor, de día en día, el número de los conversos, así como el de los reintegrados a la Fe, o simplemente el de los que experimentan la elevación de su temperatura moral: de la frialdad o de la tibieza al fervor más extremado.

No sabemos hasta qué punto le habría bastado a Rafael Sánchez-Guerra el desencanto político, sentido con tanta mayor hondura cuanto que vivió desde dentro la "ilusión" del 14 de abril. Pero una de sus prendas más seguras de la noble sinceridad del autor de "Mi convento" es que ni aun intenta soslayar el recuerdo de su vida política, a través de la cual nunca dejó de proclamar su catolicismo en virtud de los profundos sentimientos religiosos—leemos en "Mi convento"—, que precisamente le inculcaron los dominicos durante sus años de colegial en Captier: "sentimientos en



Rafael Sánchez-Guerra

MI CONVENTO

COLECCION O P E

los que siempre—leemos—he perseverado sin desmayos". Pero para vestir el hábito de Santo Domingo—hacia falta un mayor esfuerzo, rayano en lo heroico, y como fue ganando su alma un decidido propósito de renunciar al mundo, con la pérdida de su esposa, nos lo cuenta, en páginas que aun siendo notables por su acierto narrativo, emocionan por su virtud suatoria de confesión. Trátase, pues, en "Mi convento" de un testimonio en función de la propia vida interior. Rafael Sánchez-Guerra, ya situado en París, al frente de una próspera agencia periodística, llegó a pensar lo siguiente, no obstante todos sus legítimos ataderos, los hijos y nietos, en primer término: "Una vez muerta mi mujer—tal vez Dios quiso llevársela para probar mi capacidad de renunciamento—, nada tenía yo que hacer en un ambiente de incompreensión, de odios, de ruindades. Algunas personas—mis hijos, mis familiares, mis amigos más íntimos—me aconsejaron que viviese apartado de todos, que permaneciese una larga temporada alejado de mis actividades, hasta

recobrar la calma y el sosiego que entonces me faltaban. No quise intentarlo. Sabía que era un intento peligroso e inútil. Hubiera seguido llevando la misma vida equivocada de muchos cristianos sinceros, contaminados por la atmósfera viciosa que les rodea, arrastrados por las exigencias imperativas de un ambiente que puede más que su fe. Yo sentía la absoluta necesidad de entregarme por entero a Cristo..." Pero no quería dejarse engañar por sí mismo en una fase de su vida muy propicia a fácil impresionabilidad: el dolor reblaydece mucho.

"¿Ficne usted vocación religiosa?", preguntó a Rafael Sánchez-Guerra el provincial de los Dominicos en una primera entrevista. La respuesta fue: "No creo tener todavía una decidida vocación. Por el momento sólo siento un profundo deseo de renuncia total a la vida mundana y de encontrar la paz y sosiego espiritual que necesito." El padre provincial replicó, según la versión de fray Rafael García, buen prologuista de "Mi convento": "Si en verdad siente usted eso, fíche ya un principio de vocación." Pues bien, de cómo ha ido madurando esa vocación inicial es, testimonio cumplidísimo el libro en el que fray Rafael Sánchez-Guerra ha vertido su alma, con humildad y plena lucidez, con el corazón locoado por la gracia de Dios. En tal caso no habría habido libro. ¡Ah! Libro escrito con excelente pluma, diestra en la valoración de los detalles, en el subrayado de las situaciones por las que el autor ha ido pasando, y en el análisis, con humana llaneza, de su vida interior, ante lo grande y trascendente, o lo trivial y cotidiano, no sin humor, llegada la oportunidad. Y siempre la pura comprensión de las cosas, incluso las propias flaquezas: "No ignoro que acaso me aguarden serios sufrimientos espirituales, y que esos sufrimientos son más duros y más crueles que los dolores carnales, pero estoy igualmente convencido de que para probarnos a nosotros mismos nos es absolutamente necesario alcanzar el triunfo espiritual, y de que para lograrlo, Dios nos enseña a solicitar esa gracia todos los días de nuestra vida por medio de la oración." Fray Rafael no estuvo en Indias a la antigua manera, porque España ya no las tiene. Pero ha tomado el hábito de dominico como si viniese de allá, con una vida que diversas experiencias enriquecen e ilustran para mayor edificación.

M. FERNANDEZ ALMAGRO

De la Real Academia Española

(Foto V. Muro.)